

María Laura Schaufler

Figuras de maestros:

Rubén Sergio Caletti sobre los
vientos de época en las carreras
de comunicación



Figuras de maestros: Rubén Sergio Caletti sobre los vientos de época en las carreras de comunicación

María Laura Schaufler, UNER | mlaura31@gmail.com

Esta entrevista presenta la posición de Rubén Sergio Caletti (1947-2015) sobre la relación entre las carreras de comunicación y el ámbito laboral. Caletti compuso una figura de maestro en nuestra Facultad, y fundó y marcó junto a otrxs la investigación en comunicación en nuestra casa de estudios. La entrevista data de 2014, exactamente un año antes de su muerte, y realiza un recorrido de sus pareceres acerca de las proyecciones del presente de las carreras de comunicación social, la relación educación y trabajo, invitando a pensar los vientos de cada época en la conformación del campo de estudios.

«154

Rubén Sergio Caletti (1947-2015) fue por sobre todas las cosas un profesor de la comunicación social en el país. Investigador y también teórico, amaba el aula como espacio crucial de intercambio y debate. Reticente a las publicaciones y los modismos que asumió la investigación social en las últimas décadas, fue uno de los exponentes que sembraron el campo de las carreras de comunicación social tal como las conocemos hoy.

En 2014, en el marco de entrevistas a docentes de la carrera de Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos, dentro del proyecto de investigación «Las prácticas en los itinerarios de formación y en las experiencias laborales del comunicador social», dirigido por la Prof. Lilitiana Petrucci, realizamos este diálogo en la esquina de un café cercano a la Facultad. Era, quizás, la última vez que Sergio Caletti estaría en Paraná. Allí brindó sus pareceres acerca de los surcos y rumbos que ha ido tomando esta área de estudios en las últimas décadas.

—¿Qué piensa de los itinerarios de formación de un comunicador social y de las prácticas que tendrían que ver con este tipo de formación?

—Bueno, es complicada la pregunta y no es una pregunta dividida en dos sino que son dos cosas bastante distintas. Porque la primera se supone que se resuelve dentro de la universidad; la segunda se resuelve en la esfera social, no en la

universidad. La universidad tiene que definir de qué manera se relaciona con eso que la sociedad resuelve. Qué prácticas profesionales y qué política para el campo tiene frente a las prácticas profesionales que se desarrollan en la vida social: si las promueve, las sustenta, las impulsa, las incentiva, las desincentiva, las reorienta, las influye de algún modo. Entonces son dos cosas distintas. En cuanto a la formación, es muy difícil separar lo descriptivo de lo que uno piensa respecto de eso. Y para hacer una cosa efectivamente seria, habría que manejar mejor de lo que yo manejo ahora —en algún momento la manejé, ahora no— la actualidad de los 40 planes de estudio del país. Hace 15 años hice un trabajo sobre el tema y tenía una idea, ahora la verdad es mucho más fragmentaria. A mí me parece, en términos generales, que hay, mezclando lo descriptivo con lo opinable, algunas amenazas a la formación, o a la formación que debería promoverse, y hay algunas carencias que habría que llenar. Siento que las amenazas básicamente son dos. Son dos tendencias muy fuertes que vienen precisamente de los discursos dominantes en la vida social. Una es la tecnocéntrica y otra es la mediocéntrica; que además se tocan mucho, porque los medios parecen cada vez más la consecuencia de un hecho tecnológico, más que una producción social y humana. Pero por las razones de lo que sucede en la vida social y en los discursos que predominan, ambas son francamente amenazantes porque no sólo distorsionan sino que simplifican y nos llevan a pérdidas importantes. Es una amenaza poner a la tecnología en el centro como el gran agente causal de los fenómenos de la comunicación, una suerte de «*Deus es máquina*», que impone formas, gramáticas, lenguajes, sintaxis, etcétera;

cuando no es así. En realidad, las tecnologías son más bien la materialización, la presentificación de relaciones sociales que las anteceden y que cobran cuerpo en el desarrollo tecnológico, donde la sociedad realiza sus ilusiones. Me parece que la fantasía de estar hipercomunicado en la cima del Himalaya es previa al teléfono celular y si no hubiese habido esa fantasía, no habría telefonía celular. O la fantasía de vivir en red, término que se empezó a usar en los años '60 y '70 hasta en los organismos multilaterales como el Banco Mundial, existió antes que la computación se convirtiera en una herramienta de la vida diaria.

Pero entonces, insisto, poner a la tecnología en el centro y formar a los comunicadores o a los comunicólogos en derivación del desarrollo tecnológico, me parece que es una amenaza real y una tendencia que avanza porque tiene a su favor todo el mercado, todo el sentido común, todas las demandas pedestres de actualidad y de «éxito» que propone el sistema. Y el escalón anterior a este poner en el centro a la tecnología era el poner en el centro a los medios. Los estudios de comunicación solían tener o parecían que tenían por centro a los medios de comunicación. Tanto es así que había carreras donde la organización del plan de estudios o de las especializaciones tenían que ver con los soportes sonoros, audiovisuales, escritos, gráficos. Se pierde, y aquí vamos un poco a los déficits, lo que a mi juicio debería enfatizarse más y que es la mayor riqueza del campo de estudios de la comunicación: los caminos, las modalidades, los dispositivos, los regímenes de producción social de significaciones, que es la atmósfera que respiramos, lo que vivimos. Lo que la comunicación produce cotidiana y anónima, colectivamente, es lo que da lugar y permite el peso

que adquieren los medios de comunicación porque ponen en circulación esas significaciones socialmente producidas, las recirculan y las resemantizan. Es lo que da lugar también al desarrollo y al impacto de las tecnologías que potencian a estos procesos mediáticos. Me parece que eso está bastante desatendido. Quizás por el momento y los modos en que se forjó, el campo de estudios quedó muy atrapado por la sorpresa más mediática, pero en realidad hay una historia larga, densa, que continuará y que va más allá de los medios, de la cual los medios son una zona, un capítulo, un subsistema, que es el de los procesos culturales donde las cosas adquieren significación, donde nos las representamos de un cierto modo y hacemos con ello nuestra vida, de eso se trata la comunicación.

157»

—¿Qué cree que sucedió con esta visión de los procesos culturales con la cual se nutrió tu generación, a la vuelta, en muchos casos, del exilio en Latinoamérica? ¿Qué ha pasado con los estudios culturales de ese tiempo a esta parte y con esa visión que en su momento trastocó la noción de comunicación como transmisión?

—La respuesta no me parece que haya que buscarla adentro. Me parece que el vector principal es la fuerza que tiene el mercado y las relaciones dominantes de fuerzas culturales y políticas. A veces operan como una aplanadora y los procesos culturales, o esa perspectiva llamada culturalismo —yo no sabría bien cómo llamarla—, me parece que se entiende sólo y en tanto tenga un basamento y un destino crítico. Y esto no es vendedor, no es ganador en el marco de las relaciones de fuerzas de hoy. Entonces, ¿qué es lo que pasó? Pasó que las fuerzas no son suficiente para, además

de desarrollar, enriquecer, profundizar, demostrar la valía, hacerlo de tal modo que sea capaz de sobreponerse a la presión que ejercen las empresas mediáticas y no mediáticas que también tienen sus operaciones técnicas de comunicación como los grandes intereses que giran en torno de la publicidad, los medios informativos, del espectáculo, el entretenimiento, la cultura de masas, etcétera. Me parece que ese es el punto principal y hay que entenderlo como una batalla política en la que, en principio, llevamos la peor parte y que hay que darla tratando de revertir en la medida de lo posible o de resistir al avance arrollador de esto que llamo una amenaza.

—¿Esta amenaza tiene que ver, a veces, con una pretendida correspondencia entre las prácticas profesionales y la formación?

—Parte de esta razón tecnológica que avanza arrolladoramente es pensar que las carreras universitarias deben formar aplicadores de conocimientos en prácticas que rentan de algún modo.

El pensar que una licenciatura tiene que terminar produciendo es una máquina de hacer chorizos. Y los chorizos tienen que servir para algo que está prescrito y prescripto. Me parece que es la razón técnica. En el sentido del mejor Heidegger. Una licenciatura universitaria es formativa y la formación es aquella manera de cultivar el espíritu y el intelecto, dirían nuestros abuelos, de modo tal de dejarnos en condiciones de actuar en la escena social, de modos plásticos, amplios, dinámicos, eficaces, útiles a la propia vida social. Pero tanto la formación como los aprendizajes específicos continúan, no terminan en la licenciatura, ni la licenciatura tiene que acabar con ellos, ni tiene que producir

un sabedor de conocimientos que se apliquen al día siguiente. No es ese el criterio de la *universitas*, no es ese el criterio de una licenciatura. Lo que sucede es que cada vez más se universitarizan todos los saberes, se profesionalizan, se equivalen todos los saberes. Es lo mismo una licenciatura en filosofía que una licenciatura en programación informática, sin detenerse a pensar que una es una problemática y la otra es una herramienta. Cosas de ese pequeño detalle que son de talentos absolutamente distintos y que a lo mejor deberían plantearse y permitirse plantear como cosas distintas.

Yo creo que a las prácticas profesionales las decide la vida social y allí el problema de las presiones del mercado y de los discursos predominantes es más serio porque tiene más razones de ser. Más allá de que estemos a favor o en contra, es su sede propiamente dicha de la vida social. No deberían serlo las universidades. Me parece que las prácticas profesionales han cambiado tanto en relación a los estudios de comunicación, y van a seguir cambiando tanto, que sería un poco pretencioso definir desde la universidad y anticiparse, pretender encerrar el universo de las prácticas, cuando en realidad hoy decimos sonidista y decirlo hace 20 años era ridículo, hoy decimos videasta y decirlo hace 20 años era ridículo.

–Además lo decimos siempre retroactivamente, sabiendo que siempre estamos por detrás.

–Además. Se persiguen a las prácticas que brotan en los procesos sociales al calor de los desarrollos tecnológicos y la universidad va atrás, tratando de perseguirlos a ver si los alcanza.

—Una vez que ya están instituidos y que ya están por cambiar.

—Exacto. Hace 20 años existía el periodismo. Hoy no vamos a dejar de usar la palabra ni la figura representacional porque está muy instalada y tiene un gran valor simbólico, histórico, cultural. Pero si nos ponemos a pensar con cierto rigor, la verdad que uno no sabe bien qué cosa es hoy el periodismo. ¿Será Marcelo Bonelli hoy el periodista, será Mirtha Legrand, será Alfredo Leuco, será el Gato Silvestre, será Van der Kooy? ¿Será un presentador, un productor periodístico de un noticiero? ¿Será un redactor, un editorialista de un matutino, un chico que va a recoger la información, que cubre una conferencia de prensa, un movilero? ¿Qué cosa es de todas éstas ser periodista? Esa figura que convocaba o evocaba Humphrey Bogart, con el cuello de gabardina levantado y el cigarrillo en la esquina de la boca y con un vaso de vino en la mano, no existe más. Sigue teniendo una enorme carga simbólica, práctica, cultural, política, lo que sea, pero esto no quita el repensar qué cosa es el periodismo. Y no solamente el periodismo sino la multitud de nuevas prácticas profesionales. Hoy hay gente que se gana la vida sacando fotos de casamientos o videos así como hay DJ que hacen maravillas con la mano en el plato y hay expertos que manejan un sintetizador en una cabina de audio, iluminadores y hay 28 mil cosas que han brotado. Por no hablar de los facebookeros, los bloggeros y los periodistas de internet.

–Los twitteros...

–Todas estas prácticas profesionales a las que nos referimos, ninguna de ellas fue pensada en la universidad. Ninguna de ellas. Yo diría que no es un fracaso de la universidad, que está bien. La universidad no tiene por qué ponerse a pensar esas prácticas profesionales, tiene que ponerse a pensar lo que ellas significan, lo que permiten problematizar. Tiene que reflexionar sobre ellas, no tiene que anticiparse o inventarlas. Del mismo modo, no tiene que perseguirlas. Debe tenerlas en cuenta y decir frente a ellas cuál es la política de conocimiento, cuál es la política teórica y la política epistemológica que el campo de estudios debe seguir frente al desarrollo social de las prácticas profesionales que nos conciernen. Esa es la pregunta y por allí debería ir la respuesta en términos de un plan de estudios.

Cuando se habla de planes de estudios y de formación hay una tendencia que, por lo menos en mi recuerdo, tuvo en su momento mucha extensión y que era la de sentir que en las carreras de comunicación se tenían que estudiar textos relacionados con los medios o con la comunicación.

A mí más de una vez se me ocurría proponerles a los estudiantes la reflexión de que leyeran de sus autores de comunicación cuales eran las bibliografías que habían utilizado. Y en realidad las bibliografías que habían utilizado sus más idealizados autores de comunicación no eran de comunicación. Es un detalle que vale la pena tener en cuenta. Quiero decir, si tuviéramos que hacer una licenciatura de comunicación con las bibliografías de la «disciplina», la verdad no nos alcanza para un año y medio, ni para una licenciatura, ni para una formación propiamente

«162

te tal. Entonces no solamente le falta desarrollo, maduración y acumulación de conocimientos en el campo de estudios. Es por excelencia un campo de estudios que necesita nutrirse y seguir nutriéndose de vertientes de las ciencias sociales que están más allá de su objeto específico. Y la demostración palpable está en la bibliografía que cultivamos.

–Leí hace un tiempo una ponencia suya de principios de los '90 que hablaba de la interdisciplinariedad del campo. Yo trataba de pensar en el marco de qué debates hablaba de la interdisciplina. Parecía un discurso no fundacional pero sí de un campo que estaba gestándose. Hoy parecería no haber lugar para ese tipo de discusión en los congresos. Hoy pareciera que el campo ya está legitimado de por sí.

–Claro, porque la legitimidad de un campo es social, no es universitaria. Entonces solamente la cantidad de egresados en las 40 o 50 carreras, licenciaturas de comunicación que hay en el país, esa multitud de egresados, su sola presencia la legitima. Entonces la legitimidad no es académica, la legitimidad es que tu tía te deje de preguntar «¿y eso qué es?» cuando decís que estudiaste comunicación. Durante muchos años tu tía o tu abuelita te preguntó «¿y eso qué es?», pero no te preguntaba nunca qué era la medicina porque tenía bien claro qué era, había un reconocimiento social. Hoy comienza a haber un reconocimiento social hacia los fenómenos de la comunicación como tales, no solamente como periodistas, aunque siguen estando en el centro los medios de comunicación.

–También tiene que ver con qué se define como fenómeno de comunicación.

–Exacto. Los fenómenos de comunicación hoy parecen ser tecnológicos.

–Sí, aquello que la tía o el tío entiende por comunicación.

–Exacto. Entonces, la legitimidad está; lo que falta es que las instituciones político académicas que habitan el campo de estudios adopten decisiones políticas y las pongan en práctica. Eso es muy débil. Hay una suerte de deriva donde las empuja el viento de los acontecimientos, el viento de época y donde resulta cada vez más difícil poner un rumbo que haga sentir el aporte de la vida universitaria al desarrollo de los problemas.

Caletti era un amante de la lectura densa: provocativo, reflexivo, gustaba de la controversia, de estudiar lo político y lo ideológico, la producción de sentido en la vida social como análisis cruciales para la comunicación.

Aquel noviembre posiblemente haya sido la última vez que dio clase en las aulas de la Facultad de Ciencias de la Educación, en el mismo espacio que hoy lleva su nombre. Su paso marcó la carrera de Comunicación y los itinerarios de formación en investigación de muchos/as/es estudiantes. Es en ese recuerdo donde vive su figura de maestro.

Datos de autora

María Laura Schaufler

Doctora en Comunicación Social (CONICET, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, UNR). Posdoctorado (CONICET-UNR). Investigadora en el Centro de Investigación en Mediatizaciones (UNR) y del Núcleo de Estudios de Feminismos, Teorías de Género y Sexualidades, Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales y Políticos (Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos). Profesora de Cultura y Sociedad en la carrera de Gestión Cultural, docente de Comunicación y Cultura e Investigación en Comunicación de la carrera de Comunicación Social (Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos).